

Sangonera la Verde: un patrimonio por descubrir (VI)

GINÉS ANIORTE, ALMA LITERARIA

TALLER DE HISTORIA DE SANGONERA LA VERDE. Curso 2015/2016



Introducción

El Taller de Historia de Sangonera la Verde se compone de un nutrido grupo de participantes que tiene mucho que contar, pero también dispuesto siempre a escuchar y aprender de los demás. Saben que en su territorio, entre sus vecinos, se encuentra además a mucha gente de la que sabe transmitir bien las cosas. Personas que han tenido habilidad para narrar acontecimientos con acierto, incluso de plasmar sentimientos y pasiones en medidas estrofas.

El mayor exponente de la cultura literaria en Sangonera es Ginés Anioarte, poeta, escritor y maestro reconocido dentro y fuera de su pueblo. Aquí nació en 1960, y aquí mismo ha vivido toda su infancia y juventud, ejerciendo después la docencia durante tres décadas en el colegio “La Santa Cruz”, en el barrio de El Palmeral. Actualmente reside en Murcia, pero vuelve a la que considera su casa siempre que puede. Nosotros tuvimos la suerte de contar con su presencia en dos de las sesiones del taller, el 2 y el 9 de marzo de 2016, fluyendo sus palabras, su experiencia y sus recuerdos en torno a nuestra mesa semanal de trabajo.

Un niño con inquietudes

Aunque todos lo conocen, se presenta: *“me llamo Ginés como mi padre y Anierte como mi madre...”*. Ginés también llamaban al abuelo paterno, aunque su auténtico nombre de pila fuera León, patronímico tan fiero como de poco agrado en la familia y de ahí que nunca lo emplearan más que en asuntos de papeles. Tampoco importaba mucho el nombre en aquella época, pues lo que acababa circulando en el día a día entre el vecindario eran los apodos; en el caso de su abuelo León Hernández, alias Ginés “el Tirillas”. Ni a ese abuelo ni al materno llegó a disfrutarlos tanto como hubiera querido, pues ambos fallecieron cuando él tenía 10 u 11 años.

El padre de Ginés nació en el serrano paraje de la Fuente del Perro, pero pronto se vino toda la familia a la Casa de la Balsa de Torreguil, finca donde trabajaba el patriarca. En cambio, los Anierte procedían de Torrevieja y estaban instalados en el pueblo, ejerciendo el abuelo materno de guardés en Los Labradores. Recuerda Ginés lo distintas que eran las pertenencias, los enseres de una y otra familia, reflejo de unos lugares de procedencia entonces mucho más distantes de lo que hoy alcanzamos a comprender.

Sobre lo de abandonar la tierra de uno, manifiesta Ginés la suerte que tenemos muchos de estar en la nuestra, de no haber tenido que emigrar. Su padre, como tantos otros, se tuvo que marchar a Alemania en busca de trabajo. Solo fueron nueve meses, pero se les hicieron largos a todos, a quien se marchó y a los que se quedaron, paliando la ausencia mediante cartas que llegaban desde aquel país y que su hermana leía en alto para que los demás en la casa escucharan emocionados todo cuanto el padre relataba desde tan lejano lugar. En respuesta, le mandaban ellos algunas letras y una foto con la que mostrar cómo crecían sus hijos. A Ginés le cautiva desde entonces la riqueza emocional que puede irradiar una simple carta; nos desvela que está preparando una novela y en ella tiene una presencia importante el hábito ya perdido en nuestros tiempos de la correspondencia epistolar.



Empezamos a hablar de educación, contextualizada en una época en la que aún escaseaban los medios pero que los alumnos sabían aprovechar. Nada que ver con la realidad a la que asistimos, con un sistema que brinda todo tipo de oportunidades a quien quiere formarse pero al que muchos no saben sacar partido. Su primera maestra fue Carmen “la Bastida”, quien en realidad no era maestra, sino una de aquellas mujeres del pueblo que se encargaba de cuidar a un grupo de criaturas a modo de guardería. De allí pasó a la escuela de Don Rafael Nicolás Raya y luego a la del Rayo, donde estuvo hasta los 7 u 8 años. Tuvo de compañero a Antonio Aráez, quien también se encuentra en torno a la mesa del taller y es persona muy conocida en el pueblo, entre otras cosas por su virtuosismo en el arte del pincel. Ambos amigos comparten con el grupo una anécdota y un tesoro: a los críos no los llevaban entonces a casi nada que tuviera que ver con el ocio más allá de lo que aconteciera en el propio pueblo, pero un año Aráez pudo ir a las famosas procesiones de Semana Santa a la ciudad; Ginés, deseoso de saber cómo eran esos desfiles de los que tanto había oído hablar, le pidió que dibujara los pasos, los santos, y Antonio (que ya era un artista) plasmó en papel cuanto había visto en la capital. Hoy, 50 años después, conservan aquellos dibujos infantiles llenos de matices y de talento que sirvieron de apoyo al relato de cuanto había acontecido en Murcia aquel lejano Viernes Santo.

De la escuela del Rayo pasó Ginés al instituto de El Palmar, donde unos pocos sangonereños de su generación pudieron continuar los estudios. Todavía eran unos críos que no sabían ni que tenían que salir al patio cuando sonaba el timbre. Recuerda que en una ocasión le pusieron un 3 como nota, pero él no sabía ni lo que era un 3. Tampoco se incentivaban las habilidades especiales que pudieran tener aquellos muchachos, como recuerda el propio Aráez: *“Déjate las tonterías esas, que los pintores se mueren de hambre”*, escuchó mil y una vez, hasta creérselo y no estudiar nunca Bellas Artes. Por uno u otro motivo, se cortaron muchas alas. Alguien remata el tema con una frase con las que se descolgaba el maestro Don Rafael cuando un alumno decía que no podía seguir yendo al colegio por tener que ponerse a trabajar: *“más vale un buen obrero que un mal estudiante”*.

Poeta a través de la música y maestro a través de la poesía

Sobre el despertar de su faceta como escritor y poeta, confiesa Ginés que desde pequeño le gustaba jugar con las palabras, con el lenguaje... pero no como redactor de textos, sino componiendo canciones, más atraído por el lenguaje musical que por el literario. De hecho, no sabía ni pasarlas a papel, así que memorizaba sus composiciones y las iba guardando en el archivo de su imaginativa mente. Como mucho, tomaba anotaciones en algún pliego de estraza, del que usaban en las tiendas para liar embutido. Si en aquellos años les hubiera dicho a sus padres que quería ir al conservatorio para estudiar solfeo, no lo hubieran entendido. Lo cierto es que trabajar la letra de aquellas canciones le acabaría dando habilidad para la poesía, y sin haberse formado como músico, fue la música su camino hacia la eclosión literaria. Hoy se confiesa perezoso con la idea de formarse en este arte, pues anda demasiado volcado con su última novela. Los libros precisan mucha dedicación; los de poesía por ejemplo, que no suelen tener muchas páginas, llevan detrás varios años de trabajo.

Volviendo a sus inicios como escritor, hace notar que la simple afición a la lectura tampoco era fácil en aquellos tiempos. Para empezar, en Sangonera no había muchos libros, tampoco en el instituto. Recuerda el grupo que en el quiosco del Coco cambiaban unos por otros, fórmula con la que al menos te podías permitir leer ejemplares distintos. Ginés cuenta que en su casa no hubo prácticamente ninguno hasta muy tarde y, por otra parte, el tiempo libre se empleaba más bien en otros menesteres, como era trabajar en el campo cogiendo almendra para llevar algo de dinero a casa. Como en cualquier otro hogar, los acontecimientos familiares no se celebraban ni mucho menos regalando libros, sino comprando a lo sumo una tortada de las que hacía en su horno la Tía Ángeles de Pitracó.



Ginés habla de su juventud comprometida y sensible con la gente que atravesaba dificultades, de las campañas contra el hambre en las que participaba... Con apenas 17 años, estaba cogiendo llamadas en el Teléfono de la Esperanza y derivándolas a la atención de profesionales; en los cursillos para poder hacer bien aquella tarea, conoció la figura de un psicólogo llamado Carl Rogers: *“si nos lo proponemos, cualquier cosa podemos conseguirla, o solos o con la ayuda de alguien”*. Esa enseñanza la ha trasladado a su vida como propósito permanente a la hora de perseguir sus metas... y a lo mejor uno no llega a ser el número uno en tal o cual cosa, pero sí a sentirse realizado. Es en eso, sin ir más lejos, es en lo que consiste el triunfo.

Uno de los retos más trascendentales de nuestro protagonista fue estudiar, a pesar de la dificultad de su tiempo. Recuerda la frase que decían muchos padres entonces: *“si te pones a estudiar, ¿entonces la casa qué?”*, dando por sentado que necesitaban dejar a los hijos un sitio donde vivir antes que formación. Cuando su padre le dijo que sí, que estudiara lo que quisiera, la mirada gastada de aquel hombre seguía anidando la irrefrenable preocupación de que fuera una carrera demasiado larga y no quedara dinero para hacer la casa. Ginés aprobó selectividad y empezó estudiando ATS, con pensamientos de cursar luego Psicología, pero no aprobó y finalmente se decantó por Magisterio. Una carrera corta, para alivio del padre. Cuando la terminó, en 1981, podía presumir de ser el primer maestro titulado del pueblo. Al poco tiempo empezó a trabajar en el Colegio “La Santa Cruz”, un puesto al que accedió bajo régimen de cooperativa y que, de alguna manera, también convertiría a este centro en su empresa. La situación, según nos relata, hacía que no desconectaras al salir por la puerta, pues a los temas de la enseñanza se sumaban los del negocio. Es la faceta que menos le ha gustado de su larga etapa como maestro, colmándole las demás de unas vivencias maravillosas.

La decisión de decantarse por la docencia vendría de la satisfacción que siempre le había producido el contacto con la juventud, aunque no comulgaba con la idea de tener que ceñirse en su desempeño a la rigidez de un temario. Como dice Ginés, muchas veces en los libros se abordan asuntos demasiado evidentes que los alumnos acabarán aprendiendo en otro lugar, así que él prefería enseñarles desde otra perspectiva: a cómo ver una película, a admirar con detenimiento un cuadro... a percibir las intenciones del autor que quedan ocultas y que nunca nadie enseña a no ser que te intereses especialmente en ello. Su objetivo siempre fue formar al alumnado como personas libres y despiertas, sin coartar ni dirigir sus inquietudes, pero sí abriéndoles caminos que enriquecieran su percepción de la vida y las posibilidades que tenemos de aprovecharla. Cree a este respecto que en el sistema de enseñanza de nuestro tiempo sólo parece contar lo que es útil para ganar dinero: los idiomas, las finanzas... mientras que no se valoran las materias y disciplinas encaminadas al disfrute personal y a la sensibilidad, como las artes, que han acabado bastante mal paradas.



Sumido en el sueño de las musas

Apartado de la docencia, Ginés Aniorte se encuentra inmerso en una nueva etapa enfocada plenamente a la producción literaria. Necesita escribir, nos dice, es su pasión. En realidad ha sido siempre muy prolífico, hasta el punto de leer a veces cosas sin recordar que fueran suyas. Tiene una decena de libros publicados, una muy buena colección, pero ahora quiere dedicarse a ello en cuerpo y alma. También ha impartido talleres literarios, como uno de mujeres poetas que hizo precisamente en el Centro Cultural de Sangonera, pero ahora no puede afrontar esas tareas, no tiene tiempo.

Hablamos de inspiración. Cuando un autor escribe una poesía, suele hacerlo sobre algo que se esfuma, rendido ante la nostalgia. Si está alegre, vive el momento... pero necesitará plasmarlo en papel cuando el instante haya acabado. Escribir es para él como una medicina ante el dolor de haber perdido algo. Un desahogo. La prosa es distinta; abarca desde la comedia al misterio, géneros diversos y dispares que requieren más que puro sentimiento. Ahora está con una novela, pero de narrativa poética, pues le cuesta abandonar la métrica.

Ginés anima a todo el mundo a escribir y a leer. Escribir es sanísimo, además de una catarsis. No hay que tener miedo ni complejos ante el papel, sino simplemente dejarse llevar. Nos desvela que, a veces, le parece como estar borracho o en trance; ocasiones en las que cree que algo movía su mano, y que ese algo no era él. En cuanto a la lectura, añade que nada hay mejor en los tiempos que corren que una buena novela para aprender a ponerse en el lugar del otro, algo tan necesario para el buen entendimiento entre las personas en la vida diaria. En el taller recogemos su sugerencia, siendo nuestra tarea precisamente la de tratar de comprender cómo enfrentaron nuestros antepasados los acontecimientos que les puso el destino por delante. Terminamos la sesión agradeciendo a Ginés su tiempo y leyendo alguno de sus poemas, como éste publicado en “Nosotros” y que aquí reproducimos. Lo elegimos por hablar de aquello que nos reúne cada miércoles en el centro cultural: la vivencia marcada en la piel como relato hilvanado de padres a hijos, tesoro que entronca pasado y futuro y que no es otro que la vida misma. Un legado del que somos parte y hoy, además, custodios.

MAPAS

Las manos de mi abuela eran mapas
que un experto en sutiles geografías
no podría ignorar, por su misterio.
Si me fijaba bien, sobre su ajada superficie
podía ver los ríos sin caudal
cruzar de lado a lado
como afluencias de luz que deslumbraban.
Y el muchacho que entonces las miraba orgulloso
por saberse una parte de aquel mundo,
pensaba que en el brillo de aquellos sedales
se cifraba el destino
que la vida, celosa, le tenía guardado.

Los mapas se mostraban quebradizos;
estaban hechos de una frágil materia
-semejante a los pétalos de secas amapolas-
y daban cuenta de un desierto
que tiempo atrás fue espacio
de huertas y humedales,
de haciendas generosas, campos fértiles.
Sus dedos eran largas y encorvadas penínsulas
rodeadas por mares de desolada bruma.
Si aquellas manos se giraban
-como gira la Tierra
por mostrarle a la luz su otra cara-,
había leves cordilleras
y mesetas muy áridas por el sol consumidas,
regiones devastadas por los años

que guardaban vestigios
del rastro imaginado y las ruinas
de lo que, alguna vez, fue un paraíso
de belleza sin límite.

Sé que en alguna parte
de aquella antigua orografía,
bajo el tiempo y la sombra
de aquella piel sembrada de infortunios,
se escondía un tesoro.

Yo las miraba atentamente
tratando de encontrar la marca que en el mapa
señalara el lugar donde yo descubriera
la razón de vivir y su sentido.
Pero en vano indagué,
porque aunque siempre tuve la certeza
de que ella escondía con cuidado
aquel secreto preciosísimo,
jamás nos dijo nada
para que así siguiéramos buscando
la promesa del oro que legara su sangre.

Mantengo la esperanza
de poder encontrarlo en los mapas que hoy
me revelan las manos
gastadas de mi padre.
O por qué no en las mías.

Legado docente

Con motivo del encuentro entre el Taller de Historia de Sangonera la Verde y el autor Ginés Aniorte, miembros del grupo han querido pulsar la opinión que tienen de él quienes fueran sus compañeros de profesión durante tantos años, así como algunos de sus exalumnos del Colegio “La Santa Cruz”, en El Palmeral. Más de tres décadas dedicadas a la enseñanza, en una barriada de Sangonera que estaba por aquel entonces abandonada a su suerte, serían bagaje suficiente para rendir homenaje a quien es hijo de esta tierra; una faceta que sumar a la de galardonado poeta, vecino comprometido y amigo siempre fiel de sus amigos.

Nos cuentan que durante los primeros años Ginés daba clase de Lengua Española, pero ya con un método de enseñanza muy personal, aunque sin salirse nunca de las directrices con que la materia debía ser impartida. Encaminaba la enseñanza al fomento de la lectura y al conocimiento de la poesía, organizando frecuentemente actividades relacionadas con el mundo literario. Confección de libros de poemas elaborados entre toda la clase, concursos y recitales en los que siempre participaba el alumnado, servirían para sembrar en sus “críos”, como él decía, semillas que germinarían en incondicional afición e incluso el reporte de premios para algunos de ellos. El Certamen de Poesía de Acuverde, ya consolidado en nuestra localidad, dio comienzo precisamente en ese colegio teniendo a Ginés como promotor. Y su libro “Pensar en Verso” fue elaborado por el autor pensando en sus propios alumnos, con el objetivo de hacerles reflexionar con frases breves y graciosas que llamaran su atención.

Todos coinciden en que le gustaba innovar y en lo amenas que eran sus clases. Llevaba a la práctica ejercicios de todo tipo para los que las paredes del centro nunca suponían una barrera. Con él, el espacio de aprendizaje no se limitaba al aula; era el patio, el pueblo, el mundo mismo. Sacó adelante desde un huerto escolar, hasta un proyecto relacionado con el aprovechamiento del agua. Acompañado de los alumnos, salía con frecuencia al monte cercano y allí, en contacto directo con la naturaleza, les explicaba cuanto veían y todo lo que podían aprender de su entorno inmediato.

“Se preocupaba por lo que hacían sus alumnos”, recuerda uno de los que tuvieron la suerte de pasar por su aula. *“Y también nos hacía realizar muchas redacciones. Nos motivaba. Es el maestro que más nos marcó”,* apunta otro.

Recuerdan que en clase se sentaba junto a aquellos alumnos, en su mismo pupitre, a los que por necesidad debía explicar algo que no entendían: *“Creía que iba a dar clase este año en 2º de ESO, y cuando supe que no iba a venir me dio mucha lástima, porque cuando explicaba lo comprendía todo muy bien. Si tenías alguna duda te la explicaba cuantas veces fuera necesario. Y siempre te sacaba una sonrisa. No deseábamos que terminaran las clases”.* Como magnífico narrador que es, mantenía con facilidad la complicidad y la atención entre quienes le escuchaban. A menudo contaba historias de miedo, a las que siempre ha sido aficionado... *“y cuando estábamos en el momento de más silencio, nos sorprendía con un sonido agudo”.*

Testimonios así nos confirman que conocer de cerca a Ginés, de apariencia introvertida, es descubrir a una persona correcta, educada, pero también ingeniosa y divertida. Aparentaba seriedad con los alumnos, pero al poco se sorprendían cuando comenzaba a gastar bromas. Comentaba en clase a los pequeños: *“Tengo en casa un elefante y lo baño todos los días en la bañera”*; y las madres le decían luego: *“Déjalo ya, Ginés, que vamos a tener que ir a tu casa para ver el elefante”*.

Ginés ha llegado a dar clases a tres generaciones de una misma familia: al hijo, a la madre y por las tardes, en clases de educación de adultos, a la abuela. Después de más de treinta años en la enseñanza, otros quehaceres relacionados con el arte de la escritura y el cuidado constante a su padre, ya muy mayor, ocupan ahora su atención. Por derecho propio GINES ANIORTE, con mayúsculas, ya forma parte de la historia y la cultura de este pueblo de Sangonera la Verde.

Taller de Historia de Sangonera la Verde

Mayo 2017